Miércoles, 20 de abril 2016

Mareando la perdiz con el Juego de los privilegios

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/04/starhawking-privilege-game.html

Las dos últimas entradas en el informe de Archidruida, enfocadas en el sistema de clases de Estados Unidos y las narrativas disfuncionales que lo apoyan, han suscitado una curiosa respuesta en los lectores. Yo esperaba que un buen número de ellos se sintieran incómodos con el asunto que se estaba discutiendo; lo que no me esperaba era el envío de comentarios y correos electrónicos pidiéndome, en pocas palabras, que me olvidase del asunto.

Hablar sin pelos en la lengua sobre temas incómodos ha sido el pan nuestro de cada día en este blog desde que empecé a publicarlo hace unos diez años, por lo que ya tengo alguna experiencia con el manejo de la crispación por parte de los lectores del blog. Normalmente, cuando toco un tema candente, los lectores que encuentran ese tema demasiado incómodo suelen actuar como si no lo hubiera mencionado en absoluto. Estoy pensando sobre todo, pero no únicamente, en las veces que he mencionado que el futuro de internet depende de si se puede pagar por sí mismo, no de si es técnicamente factible. Cada vez que he hablado sobre ello, he recibido comentarios que parlotean interminablemente sobre la viabilidad técnica lo que no es más que un modo de evitar hablar de las razones económicas por las que internet no será capaz de cubrir sus propios costos operativos en un futuro de recursos agotados y un medio ambiente que nosotros mismos hemos destrozado alegremente.

No son sólo las preguntas difíciles sobre el futuro de Internet las que invitan a una estrategia de elusión, que conste. He aprendido que eso es lo que puedo esperar cada vez que uno de mis posts toca cualquier tema que contradice la creencia popular de nuestro tiempo. Por eso la diferente respuesta que han suscitado mis dos últimos mensajes es tan fascinante. El hecho de que bastantes personas admitieran que les producía incomodidad la discusión franca de los privilegios de clase, en lugar de tratar de hacer oídos sordos a un asunto tan impactante fingiendo que no se había mencionado en absoluto, me dice que podemos estar acercándose a un punto de inflexión histórico, de cierta importancia.

Os advierto de que la discusión franca de los privilegios de clase todavía encuentra muchísimas maniobras de evasión fuera del territorio donde los archidruidas están al acecho. Estoy pensando, por supuesto, en como los liberales acomodados están respondiendo ahora al mensaje directo de Donald Trump sobre las cuestiones de clase vociferando que él y sus seguidores tan sólo pueden estar motivados por el racismo. Eso forma parte de la retórica liberal —he discutido que cuando los privilegiados pronuncian la palabra "racista", funciona normalmente como un silbato para perros para la "clase de los que cobran por horas"—, pero también es un intento de desviar la conversación sobre los destrozos que las políticas que benefician a los ricos han hecho a todos los demás en este país.

En algunas partes de la comunidad neopagana actual, esa maniobra evasiva ha adquirido una etiqueta, un nombre o apodo muy útil: "*Starhawking*". Con perdón de aquellos de mis lectores que puedan encontrar muy poco interesante el comportamiento de una de las comunidades religiosas más minoritarias de Estados Unidos, me gustaría contar la historia que está detrás de la etiqueta. Aquí, como pasa muchas veces, un pequeño ejemplo ayuda a aclarar las cosas; la escala reducida de un microcosmos social hace que sea más fácil observar los patrones que podrían ser más difíciles de ver a simple vista en la escala macrocósmica.

Los que no han tenido ningún contacto con la escena neopagana desconocen que no es una religión, ni siquiera un grupo de religiones estrechamente relacionadas; más bien, es un cajón de sastre de credos profundamente diversos, algunos de los cuales tienen menos en común entre sí que el cristianismo con el sintoísmo. Su asociación en una subcultura común no proviene de creencias o prácticas compartidas, sino únicamente de una historia compartida de exclusión de la vida religiosa y cultural de la sociedad americana. En estos días, más o menos la mitad de los neopaganos estadounidenses participan de un cierto paganismo ecléctico, que surgió a partir de la brujería tradicional británica a finales de 1970 y

principios de 1980. El resto se divide (en su mayor parte) en dos grandes categorías: una basada en tradiciones iniciáticas más antiguas, como la citada brujería tradicional británica, mientras la otra deriva de religiones politeístas recientemente reintroducidas que adoran a los dioses y diosas de varios panteones históricos: escandinavo, griego, egipcio, etc.

Hay mucho que decir sobre la participación en la escena del neopaganismo, pero mis lectores que conozcan las pequeñas subculturas estadounidenses ya sabrán que la el paganismo ecléctico es la opción más habitual en casi todas partes, y que los integrantes de las otras corrientes son bienvenidos para aparecer y participar, en los términos definidos por el paganismo ecléctico, siempre y cuando no hieran la sensibilidad de esa mayoría ecléctica pagana. Por muchas razones, la mayoría de las cuales son más relevantes para mi otro blog, esas sensibilidades parecen ser cada vez más susceptibles y últimamente se ofenden muy fácilmente; los que siguen las tradiciones minoritarias han respondido de muy variadas maneras. Algunos simplemente se han alejado de la escena neopagana, mientras que otros han intentado, en muchos foros, iniciar un debate sobre lo que se ha denominado torpemente "el privilegio del Wiccanato (“Wiccanate privilege”)."[1]

Uno de esos debates fue la discusión suscitada durante un gran evento neopagano en el área de San Francisco en 2014, en la que intervino Starhawk[2] Para quienes no la conozcan, es una de las pocas celebridades en la escena neopagana estadounidense, autora de “La danza espiral (*The Spiral Dance*)” (uno de los dos libros que básicamente iniciaron el paganismo ecléctico — el otro es “*Drawing Down the Moon*” de Margot Adler—) y una figura política notable en el extremo más hacia la izquierda del espectro político. Me han contado conocidos que estuvieron allí que ella insistía en que había que dejarse de debates y de discusiones, pues lo que hacía falta era que todos los paganos se unieran para salvar la Tierra.

Eso sí, en el evento hubo un montón de debates sobre asuntos que no tenían nada que ver con salvar la Tierra, y ni ella ni nadie parecía sentir ninguna necesidad de silenciar esas conversaciones, únicamente el debate sobre los privilegios. Eso es “Starhawking” (N. del T. Como esa expresión es totalmente desconocida en el español, utilizaré, salvo mejores opciones la expresión de “marear la perdiz”): la táctica retórica de insistir en que hay alguna otra cuestión que es tan importante que el privilegio del portavoz no debe ser discutido. Para ser justos con Starhawk, ella no lo inventó; la práctica planea sobre todo el discurso contemporáneo en Estados Unidos, muy a menudo en contextos donde todos nos jugamos muchísimo más de lo que se puede considerar en el ámbito de los neopaganos.

La reciente insistencia de Madeleine Albright (dijo que todas las mujeres en Estados Unidos deberían votar a Hillary Clinton o arder en el infierno) surge de exactamente de la misma lógica. En este caso hay un tema A, el llamado "el techo de cristal", la costumbre de excluir a las mujeres de las clases privilegiadas de los tramos superiores del poder y la riqueza. La cuestión B en este caso es el hecho de

[1] N. del T. : La Wicca es una religión neopagana, vinculada con la brujería y otras religiones antiguas. Fue desarrollada en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XX y fue presentada al público en 1954 por Gerald Gardner, un funcionario jubilado británico. La Wicca se ha basado en un conjunto de diversas creencias paganas antiguas junto con prácticas herméticas del siglo XX, para crear su estructura teológica y prácticas rituales. (https://en.wikipedia.org/wiki/Wicca).
El Wiccanato viene a ser una religión "new-age" con elementos que derivan de la wicca tradicional en una corriente ecléctica. En la esfera neopagana es bastante frecuente identificar a todos los paganos eclécticos como wiccanos eclécticos (aunque no es cierto siempre), y en la esfera anglosajona, Wiccanato designa esa misma realidad, por tanto wiccanate haría referencia al paganismo ecléctico basado en la Wicca.
Cuando habla de "privilegio" se refiere al estereotipo privilegiado. Por ejemplo, en la sociedad americana el estereotipo privilegiado serían los "White, anglo-saxon, protestant, average-incomes", y cuando se piensa en el americano tipo o se hacen campañas dirigida al americano promedio, se orientan hacia esa clase privilegiada. "Wiccanate privilege" se refiere al estereotipo que hace que al hablar de paganismo o neopaganismo el estereotipo privilegiado hace pensar en los wiccanos eclécticos, lo que hace que de alguna manera sean la corriente dominante en la esfera neopagana, de manera similar a como los WASP son la élite predominante en la sociedad americana. Así que "Wiccanate privilege" no es exactamente "privilegio del wiccanato", sino algo parecido al "estereotipo del neopagano ecléctico", o algo similar.

[2] N. del T.: Starhawk (de nombre Miriam Simos), nacida en 1951 es una escritora y activista anarquista que se autodenomina bruja. Es conocida como teórica del neopaganismo y del ecofeminismo. Es columnista de Beliefnet.com y On Faith (el foro deNewsweek./washingtonpost.com en internet). Vive ahora en San Francisco, donde trabaja con Reclaiming, una tradición de brujería que ella fundó en los 1970s. Es internacionalmente conocida por impartir cursos sobre no violencia y acción directa, y como activista en el movimiento pacifista. También actúa dentro del feminismo y del movimiento altermundista (https://es.wikipedia.org/wiki/Starhawk)

que la llegada de Hillary Clinton a la Casa Blanca sólo beneficiará a aquellas mujeres que pertenecen al extremo superior de la pirámide de clases en Estados Unidos, ya que las políticas que Clinton ha apoyado a lo largo de toda su vida política han traído pobreza y miseria para la inmensa la mayoría de las mujeres estadounidenses, es decir, aquellas que pertenecen a la clase de que cobra por horas trabajadas y a la mitad inferior (más o menos) de las que tienen una nómina fija.

Cuando este marear la perdiz viene desde el extremo más izquierdista de la clase acomodada, casi siempre está acompañado por sesgos contra el racismo, el sexismo, o lo que sea que se pueda utilizar, (según las líneas que se detallaron la semana pasada) para culpar de los sufrimientos de un grupo desfavorecido a otro grupo desfavorecido. Cuando es el otro extremo del espectro político (y por supuesto lo hace todo el tiempo), lo temas favoritos que se utilizan para ahogar cualquier discusión sobre el privilegio son entre otros, el crimen, la teología moral cristiana, y la supuesta indolencia de la gente que sólo pretende vivir de la asistencia pública. Las excusas son diferentes, pero el truco retórico es el mismo.

Una de las cosas que hace posible el truco es la naturaleza ambigua del lenguaje que se emplea para describir las “perdices” candidatas a ser consideradas en el tema A. Por ejemplo, “crimen” es una muy conveniente abstracción difusa, a la que todo el mundo tiene fundados motivos oponerse. Sin embargo, una vez que se ha obtenido ese acuerdo, se diluye desde el airado reino de la abstracción hasta actuaciones específicas muy cuestionables. Tengo un ejemplo maravilloso: ninguno de los políticos que presumen de ser "duros con el crimen" ha mostrado ningún interés en encarcelar a los grandes ladrones de Wall Street, cuyas estafas de miles de millones de dólares han hecho mucho más daño al país que todos los robos y asaltos en las calles de nuestras ciudades.

Igualmente, palabras como "racismo" y "sexismo" son abstracciones llenas de ambigüedad. Hay por lo menos tres factores de confusión en las etiquetas de este tipo. Me gustaría explicarlos en un momento, con la esperanza de tener una visión más clara del intrincado paisaje de la desigualdad en EE.UU..

Lo que quiero resaltar sobre estas palabras comodín (y otras parecidas), son los conceptos de privilegio, prejuicios e injusticias. Vamos a empezar por el último término. Los agentes de policía en los Estados Unidos, por ejemplo, no se lo piensan dos veces antes de sacar su arma y disparar a un adolescente negro a las primeras de cambio; cuando se contrata a una mujer en los EE.UU. se sabe que en promedio recibirá una paga equivalente al 75% del salario que recibiría un varón por hacer exactamente el mismo trabajo; dos personas que se aman y quieren casarse tienen sortear enormes dificultades si son del mismo sexo, cosa que no ocurre con los matrimonios entre un hombre y una mujer. Esos son injusticias.

El prejuicio es una cuestión de actitudes no de hechos. La palabra significa literalmente pre-juicios, las sentencias que todos hacemos sobre las personas y las situaciones antes encontrarnos con ellas. Todo el mundo los tiene, se enseñan en cada cultura, pero algunas personas tienen mayor tendencia al prejuicio — son más dependientes de sus pre-juicios, y por tanto están menos dispuestas a reevaluar sus actitudes ante la presencia de pruebas o evidencias— que otras. Las injusticias generalmente están motivadas por el prejuicio, y el prejuicio muy a menudo da como resultado actos de injusticia, pero ninguna de estas ecuaciones es exacta. He conocido a personas con profundos prejuicios que se negaban a actuar en base a sus prejuicios, porque se lo prohibía otra creencia o compromiso. También he conocido a personas que han participado en ocasiones en actos de injusticia, que simplemente estaban cumpliendo órdenes o que iban con sus amigos, y no le importaba en lo más mínimo actuar de un modo u otro.

Por último está el privilegio. Mientras los prejuicios y las injusticias son individuales, el privilegio es colectivo; tienes (o no tienes) el privilegio en razón a la categoría a la que perteneces, no por lo que haces o no haces. Me voy a poner a mi mismo como ejemplo. Puedo pasear por los barrios acomodados de la ciudad donde vivo, por ejemplo, sin ser molestado por la policía; los negros no tienen ese privilegio. Puedo publicar ensayos polémicos como éste sin ser atacado o recibir amenazas de muerte por trolls; las mujeres no tienen ese privilegio. Puedo besar a mi esposa en público sin que algún tarado me insulte desde la ventanilla de un coche al pasar mientras los homosexuales no tienen ese privilegio.

Podría llenar los próximos diez posts de este blog con una lista de similares privilegios que tengo, y ni siquiera sería exhaustivo. Sin embargo. es importante reconocer que mi condición de privilegio no se me ha asignado a mí por cualquier razón banal. No es sólo que yo sea blanco, o varón, o heterosexual, o me haya criado en una familia de la clase obrera, o haya nacido sano, o lo que sea. Son todas esas cosas, y muchas más en su conjunto, lo que me asigna el lugar en la jerarquía de los privilegios. Esto es igualmente cierto para ti, querido lector, y para todo el mundo. Lo que diferencia mi posición de la tuya, la suya, y la de los demás, es que cada peldaño de la escalera tiene una diferente proporción entre el número de personas que hay por encima (en los escalones superiores) y el número de personas por debajo. Hay muchas personas en los Estados Unidos de hoy en día que tienen más privilegios que yo, pero hay muchísimas más que tienen mucho, mucho menos.

Tenga en cuenta también que no tengo que hacer nada para obtener los privilegios que tengo, ni tampoco me puedo deshacer de ellos. Al ser un varón blanco heterosexual con origen en la clase obrera (y otros muchos atributos), se me asignaron casi todos mis privilegios el momento en que nací, y no importa lo que haga o deje de hacer, voy a seguir con la gran mayoría de ellos hasta que muera. Eso también es aplicable a ti, querido lector, y a todos los demás: la gran mayoría de la gente ocupa un peldaño determinado en la larga escalera del privilegio por el simple hecho de haber nacido así. Por lo tanto no eres responsable del hecho de estar incluido en cualquier nivel de privilegio, pero por supuesto, eres responsable de lo que decides hacer con él.

Siempre puedes convencerte a ti mismo que mereces tu privilegio y pensar que las personas que no comparten tus privilegio se merecen su estado, que es inferior: es decir, puedes optar por tener prejuicios. Puedes explotar tu privilegio en tu beneficio a expensas de los menos privilegiados, es decir, puedes participar en actos de injusticia. Cuanto más privilegios tienes, más pueden afectar tus prejuicios a la vida de la gente y tus actos de injusticia pueden llegar a ser potencialmente más dañinos. Por lo tanto los defensores de los menos privilegiados tienen bastante razón al señalar que los prejuicios y las injusticias de los acomodados importan bastante más que los privilegios de los menos ricos.

Por otra parte, privilegio no equivale automáticamente a prejuicios, o actos de injusticia. Es completamente posible que los privilegiados —quienes como ya he señalado, no eligieron su privilegio ni pueden deshacerse de él— se nieguen a explotar su privilegio de esta manera. Es incluso posible, (algo que está absolutamente fuera de moda como concepto en estos días) que puedan acogerse al viejo principio de "*noblesse oblige*": el concepto —ampliamente aceptado (aunque no siempre puesto en acción) de otras épocas, cuando que el privilegio se reconocía abiertamente— de que quienes han nacido privilegiados también heredan responsabilidades concretas hacia los menos privilegiados. Supongo que es incluso posible que hoy puedan hacer esto y no esperen recibir elogios por ello, aunque en la cultura americana actal, siendo como es, quizá sea mucho pedir.

Sin embargo, actualmente la mayoría de los hombres blancos y heterosexuales con orígenes en la clase obrera no se consideran unos privilegiados, y no ven las cosas que enumeré antes como privilegios. Este es uno de los puntos más cruciales acerca de privilegio en los EE.UU. de hoy: ***para los privilegiados, el privilegio es invisible***. Eso no es sólo una cuestión de despiste o fallos personales ni del aislamiento personal de los menos privilegiados, aunque estos factores por supuesto pueden darse. Es una cuestión de socialización. Los medios de comunicación y todos los demás escaparates (como el cine) de la cultura americana presentan constantemente como normal y justa la vivencia de las personas privilegiadas, y las desviaciones de esa experiencia se procesan a través de un conjunto totalmente predecible de filtros.

En primer lugar, por supuesto, se borran, se eliminan las vivencias de los no privilegiados —"*Ese tipo de cosas en realidad no sucede*".— Cuando eso falla, se considera como algo sin importancia —"*Bueno, tal vez sucede, pero no es gran cosa*".— Cuando se hace evidente que es un gran problema para los que tienen que enfrentarse a esas vivencias, se tratan como un anomalía ocasional —"*no se puede generalizar a partir de uno o dos malos ejemplos*".— Por último, se atribuye al propio no-privilegiado la culpa de las vivencias que ellos sufren —"*se lo merecen, es culpa de ellos si se les trata así*".— Si conoces bien algunos estadounidenses que viven en una zona privilegiada y sabes como rehuyen de manera colectiva (en los medios de comunicación o en la conversación diaria) hablar sobre ciertos asuntos indeseables o desagradables, has visto miles de veces como se aplica cada uno de estos filtros.

Lo interesante es que la invisibilidad del privilegio en la América moderna no es compartida por muchas otras sociedades humanas. Hay muchas culturas, pasadas y presentes, en el que el privilegio está aceptado, es incuestionable, abierto, escrito en las leyes, y discutido sin tapujos tanto por los privilegiados como por los no privilegiados. Los Estados Unidos eran así hasta no hace tanto, hasta década de 1950. No sólo existían las leyes de Jim Crow, que en esos días asignaban formalmente a los estadounidenses negros la condición de ciudadanos de segunda clase; había leyes en muchos estados que consideraban a las mujeres como de segunda categoría en relación con sus derechos legales y financieros. Todo eso estaba presente en los medios de comunicación y en la cultura popular. Si abrías cualquier diario, en las páginas de sociedad podías comprobar las abismales diferencias de privilegio entre las personas que pertenecían a la elite y las que no.

Pero por una compleja serie de razones que tienen su origen en las convulsiones culturales de los años sesenta, la conversación franca sobre el privilegio dejó de ser socialmente aceptable en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX. Eso no significó la desaparición de los privilegios, obviamente. Significó que ciertas expresiones formales de privilegios, como las leyes de Jim Crow que acabamos de mencionar, tenían que ser eliminadas, y en ese proceso se repararon algunas injusticias reales. El inconveniente fue que surgió una cultura de doble discurso en el que las muy reales diferencias en privilegio en el seno de la sociedad americana se pasaron sistemáticamente por los filtros descritos anteriormente, y una de las principales fuentes de disparidad (las diferencias de clase) fue completamente excluida de la conversación colectiva de nuestro tiempo.

El hábito de marear la perdiz es una de las principales herramientas retóricas, y gracias a ella la discusión abierta sobre el privilegio, y sobre todo el privilegio de clase, se arrinconó, quedó oculta, fuera de la vista. Ha sido utilizada con igual entusiasmo por todos los puntos del espectro político, desde la extrema izquierda a la extrema derecha. Ya se trate de liberales acomodados (quienes insisten en que todos los demás tienen de ignorar su privilegio con el fin de seguir adelante con la tarea de salvar la Tierra), los conservadores acaudalados (que insisten en que todos tienen de ignorar su privilegio con el fin de seguir adelante con la tarea de que América recupere su raíces cristianas) o — en esto insiste cada vez más la gente acomodada de todas las tendencias políticas— la porfía en que todo el mundo tiene que ignorar su privilegio, porque es lo único que importa es la lucha contra esas personas horribles del otro partido. En definitiva, lo que todas estas expresiones significan en la práctica es "no hablemos de mi privilegio."

Ese tipo de evasión es la respuesta que esperaba de los lectores cuando empecé a hablar de temas relacionados con los privilegios de clase a principios de este año. Tengo muchas así, tenedlo por seguro, pero como ya he mencionado, también conseguí comentarios de personas que reconocieron haberse sentido incómodos con la discusión y querían que lo obviase, que dejase de fastidiar. Y esto me dice que las murallas de la negación y del doble discurso que puso fin a la discusión abierta sobre el privilegio en los Estados Unidos —y en especial sobre el privilegio de clase— pueden estar agrietándose. Con seguridad el Informe Archidruida está muy en la periferia cultural de la sociedad americana, pero es muy a menudo en los bordes donde primero aparecen los signos de los grandes cambios sociales, mucho antes que en la corriente principal, que nunca se entera de nada.

Si bien es cierto que el bloqueo de la discusión sobre el privilegio en general, y los privilegios de clase en particular, está en proceso de descomposición, no hay un minuto que perder. Los Estados Unidos ahora se enfrentan a una ola de cambio radical, y los patrones actuales de privilegio son algunas de las muchas cosas que serán puestas patas arriba cuando rompa la ola. Hablaremos de ello en la próxima semana.